





EL SANADOR
DE SALAMANCA



Xaro Cortés

EL SANADOR
DE SALAMANCA



Primera edición: diciembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Xaro Cortés

ISBN: 978-84-17548-90-2

ISBN digital: 978-84-17548-91-9

Depósito legal: M-40871-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Héctor, Ares, Patri y Tamara
por regalarme sus vidas y alegría a diario*



PRIMERA PARTE



UNO

La pequeña despertó en la oscuridad.

Poniendo sumo cuidado para no alterar el sueño de su hermana mayor, que dormía en la misma alcoba, se deslizó hasta el dormitorio de sus padres y palpó con suavidad el lecho, tal y como acostumbraba desde su infancia, con la finalidad de que su madre le permitiera arrebujarse junto a ellos.

Logró, sin apenas esfuerzo, despertar a la mujer, acostumbrada desde hacía años a noches de desvelo por sus hijos. Al notar la presencia de su hija junto a ella preguntó somnolienta a la niña qué hacía allí.

—Quiero abrazaros antes de que os maten, madre.

—Nadie va a matarnos, mi niña. Ha sido un mal sueño, pero puedes abrazarme cuanto quieras.

Su padre rezongó sin despertarse cuando la pequeña Miriam se acostó entre ambos progenitores. Después de abrazarse a su madre, y más sosegada, volvió a conciliar el sueño en cuestión de minutos; y en semejante postura amanecieron madre e hija.

Mientras la madre cortaba en rebanadas una hogaza de pan para el desayuno entró en la pequeña cocina de la granja su marido, quien depositó en el pétreo suelo un pequeño cubo de leche de vaca recién ordeñada.

—¿Qué hacía Miriam durmiendo con nosotros? —preguntó a su esposa.

—Tuvo un mal sueño y vino en busca de paz y consuelo.
—¿No es un poco mayor para tener pesadillas? ¿Qué tiene ya, seis años?

—Siete —apostilló su mujer—. Todavía es pequeña y tiene miedo a los malos sueños.

—¿Y puede saberse qué es lo que soñó? —preguntó sin ocultar su contrariedad.

—Al parecer nos vio morir.

—¿A nosotros?

—Sí. A ti y a mí.

En el rostro de su esposo Abigail vio dibujarse un mohín de sorpresa.

—¿Y por qué motivo mi hija pequeña de solo siete años sueña algo tan terrible?

La madre sonrió comprensiva.

—Está en una edad muy impresionable, David.

—Tú lo has dicho. Impresionable. Pero no tiene edad suficiente para ir inventando o imaginando algo tan atroz.

—No. Es cierto.

—Luego alguien debe de haber hablado delante de ella sobre muertes y otro tipo de desgracias.

La sonrisa se heló en los labios de su esposa.

—Fue Dana. Estuvo aquí ayer para hablar de la boda de nuestros hijos.

—¿Y?

Ahora comenzaba a impacientarse. No era hombre de medias tintas ni gustaba de tener que extraer a su esposa cualquier información como si mullera a una vaca vieja.

—Estuvo relatándonos que, en su último viaje a Sevilla, cuando fue a comprar telas y abalorios para confeccionar el traje de novia de Raquel, presencié uno de los actos más usuales de la Inquisición: la muerte en la hoguera de un grupo de herejes.

—Faltaría saber si en verdad eran judaizantes o la invención de algún vecino envidioso que deseara su muerte —rezongó su esposo.

—Sí. Por desgracia no siempre se trata de verdaderos herejes. Pero nosotros estamos a salvo, David.

Su marido alzó los hombros con desdén.

—Que nosotros sepamos.

—Vamos a la iglesia cada dos días y en las fiestas de guardar, hacemos acto de contrición mediante la confesión de nuestros pecados, comulgamos y aceptamos la religión católica desde el día que aceptamos la conversión. Nuestros hijos siguen la doctrina cristiana y jamás hemos tenido problema alguno en la villa.

—Lo sé, pero Miriam es muy niña todavía para comprender y aceptar ciertas cosas.

—Reconozco que fue culpa mía. Debería de haberla mandado a jugar a su alcoba en lugar de permitir que escuchara a Dana relatar algo tan impactante como espantoso.

David asintió con gesto adusto.

—Debes de hablar con nuestra hija cuanto antes.

—Lo haré en cuanto despierte. Lo prometo.

—Por otra parte —continuó con su soliloquio—, tampoco tenemos bienes más allá de esta granja. Y la verdad, no creo que algo tan viejo y ruinoso pueda considerarse como un bien que ambicione la Inquisición.

—Haciendas más pequeñas y bienes de menor valor que nuestra granja han incautado, esposo.

—De todas formas, tranquiliza a nuestra hija pequeña, mujer. Sabes bien que no me gusta que los niños compartan nuestro lecho marital.

—No temas, David. Lo haré.

—Confío en ti, esposa mía. Ahora me marchó más tranquilo.

—¿A dónde vas?

—Al mercado. Quiero vender el excedente de huevos antes de que se estropeen.

—¿Tanto excedente tenemos?

—Tres docenas.

—No son muchas.

David movió negativamente la cabeza, tal y como acostumbraba a hacer cuando algo le molestaba o no era de su agrado.

—Necesitamos los cuartos, mujer. La boda de nuestro hijo va a costarnos más dinero del que disponemos ahora mismo. Además, prefiero venderlos antes de que se echen a perder.

—Tienes razón. Antes de que nos demos cuenta habrá llegado la primavera y después el verano y la boda.

—Estaré de regreso antes del atardecer.

—Ve con Dios, David, y abrigate porque hoy hace mucho frío —le dijo mientras abrochaba los botones del cuello del jubón de negra lana de oveja.

—¡Vengo del establo, mujer! —rezongó su esposo—. ¡No necesito que me digas el frío que hace ahí fuera!

—De acuerdo, pero no olvides la capa, por favor.

Todavía podía la mujer escuchar el sonido de las ruedas de la carreta alejándose cuando los hijos mayores entraron en la cocina.

—Buenos días, madre.

—Buen día, Jacob. Buen día, Esther. ¿Cómo habéis amanecido hoy, hijos?

—Bien, madre. Gracias —respondió el hijo mayor del matrimonio.

—¿Dónde está Miriam, madre? —quiso saber Esther.

—Durmiendo, en mi lecho. Al parecer tuvo un mal sueño y vino en mi busca.

—¿La dejamos dormir?

—Sólo hasta que hayáis terminado de desayunar, hijos. Un poco de paz nunca viene mal.

Tanto Jacob como su hermana sonrieron ante el comentario de su madre. No podían estar más de acuerdo con ella porque la pequeña era parlanchina en exceso.

Abigail contempló satisfecha a Jacob mientras el muchacho engullía una rebanada de pan. A sus dieciocho años era ya todo un hombre. Sobrepasaba en altura a su padre y era mucho más vigoroso que este a su misma edad.

Esther tenía ya dieciséis años y se estaba convirtiendo en una hermosa jovencita que pronto entraría en edad casadera. Un quebradero de cabeza para su pobre marido que todavía la veía como a su pequeña y para quien, por desgracia, en un año, dos a lo sumo, debería buscarle un buen esposo.

El matrimonio de Jacob estaba previsto para el día de San Juan, una fecha propicia y mágica para unos buenos esponsales por representar el inicio del verano, ser la noche más corta del año y el día más largo. Se casaba con Raquel, la hija de Dana y Fabián, infanzón del reino.

Dana era una buena mujer, pero demasiado aficionada a airear sus pensamientos. Hablaba demasiado y, por consiguiente, era indiscreta por naturaleza. A David aquella mujer parlanchina cual cotorra lo sacaba de sus casillas, pero guardaba las apariencias por el bien de su hijo y porque se trataba de una boda muy ventajosa dada la condición del padre de la prometida del muchacho.

Pese a que el título de infanzón no gozaba de gran prestigio entre la nobleza de sangre ni la de privilegio, los altos nobles no podían negar algo tan evidente como el hecho de que la baja nobleza también gozaba de bastante inmunidad con respecto al resto de la población. Máxime cuando se trataba de cristianos nuevos como era su caso y el de los padres de Raquel.

Fabián había luchado junto al rey Fernando en la guerra contra Francia cuando este no era más que el príncipe de Aragón. El título de infanzón le fue dado como reconocimiento personal del monarca y como agradecimiento por su leal servicio, a pesar de su pasado judío y de ser un cristiano nuevo.

Lo más importante para Abigail era que no se trataba de una boda por conveniencia ni impuesta por los padres. El muchacho amaba a Raquel y era sinceramente correspondido por la doncella.

—Madre —Esther la sustrajo de su ensimismamiento.

—Dime, hija.

—¿Qué haréis con la alcoba de mi hermano cuando se haya desposado?

—Todavía no lo sé. Es muy probable que pase a convertirse en la de tu hermana pequeña.

—Había supuesto que, como todavía es muy niña y tiene pesadillas a menudo... continuaría un par de años más junto a mí.

—Supongo que si se diera el caso vendría en mi busca, igual que ha hecho esta noche pasada. De cualquier manera, todavía faltan varios meses para tomar la decisión más acertada.

Como si hubiera escuchado que era el objeto de la conversación entre su madre y su hermana, la pequeña Miriam asomó por la puerta de la cocina.

—Buen día, madre.

—Hola, miedosa —se burló su hermana acariciándole el rostro.

—Esther, deja de meterte con ella. No es propio de una hermana mayor —la corrigió su madre.

—No soy una miedosa —se defendió la niña—. Mamá y papá morirán pronto. Yo sólo quería pasar más rato con ellos antes de que los maten.

Su madre la cogió en brazos.

—Miriam, cariño. Ni a tu padre ni a mí va a sucedernos nada malo. Sólo fue una pesadilla. Un mal sueño, mi bien.

—¡No es cierto! —enfaticó la niña—. Vendrán hombres con hábito blanco y capucha negra y se os llevarán a padre y a vos. Os harán mucho daño y después os quemarán vivos en una hoguera como la que relató la tía Dana.

—¿Dana? —repitió, extrañado, Jacob—. ¿Qué tiene que ver la madre de Raquel en el mal sueño de Miriam?

—El otro día vino a visitarme, para hablar del casamiento, y me relató con pelos y señales el ajusticiamiento de unos herejes que estuvo presenciando en la ciudad de Sevilla.

—Nosotros somos cristianos, madre. No practicamos la herejía.

—Lo sé, pero la niña lo escuchó todo y a su edad la imaginación se desborda por cualquier tontería.

—A los hombres sin pelo en el cogote no les importará si somos cristianos o no, madre. Os matarán igualmente.

—¿Ahora llevan tonsura? —preguntó su hermana, divertida—. ¿Cuál es el atuendo de verdad de semejantes monstruos, Miriam?

—Ambas cosas son ciertas y los hombres malos no son más monstruos que tú o yo. Son personas.

—Creo que ya he escuchado suficiente, madre —gruñó Jacob—. Me voy al establo donde tengo varias vacas que alimentar.

—Abrígate, hijo. Hace una mañana muy fría.

—Gracias, madre. Cogeré ropa de abrigo.

—¿Dónde está padre, madre?

—Ha salido a vender los excedentes de huevos, Esther.

—Podía haber aguardado. Yo le hubiera ayudado encantada en el mercado.

Abigail sonrió con complicidad a su hija.

—Yo también supongo que contigo los hubiera vendido mucho más rápido.

Respondió distraída mientras llenaba un cuenco con leche para su hija pequeña.

—No es culpa mía si gusto a los hombres —se quejó la muchacha.

—Lo sé, hija. Pero tu padre no ve con tan buenos ojos esa cualidad. Para él siempre serás su niña bonita.

—Pronto tendréis que buscarme un marido adecuado para mí.

La madre movió la mano como si espantara una mosca.

—Déjanos primero casar a tu hermano que tiempo habrá para buscarte marido. Por el momento ayúdame con la colada, Esther.

DOS

Los rigores invernales dieron paso a una primavera lluviosa en exceso que apenas sí dio tregua a los habitantes de la villa.

David contó sólo diez jornadas durante los meses primaverales sin lluvia. Y ese fue justo el tiempo que aprovechó para terminar de reparar el tejado a dos aguas de la vetusta granja y adecantarla de cara a las nupcias de su primogénito.

No tuvieron tanta suerte con las vigas de madera del establo donde, en más de una ocasión, los cubos estuvieron más llenos de agua que de leche.

—Ya cambiaré las vigas durante el verano —se decía una y otra vez el hombre con resignación e impotencia.

Por fortuna para todos, a principios de junio las lluvias cesaron y la desapacible primavera dio paso a un cálido mes rebosante de verdes prados para alimentar al ganado sin problemas; lo que supuso un gran alivio para la familia de granjeros.

Una mañana radiante, muy temprano, David subió hasta la cima de una colina cercana a la aldea desde la que podía divisar en la lejanía su amada granja.

Le gustaba aquel íntimo lugar porque le ofrecía la posibilidad de ver amanecer y rezar en silencio el Shemá, el único de los tres rezos de sus ancestros que no habían podido arrebatarse pese al bautizo cristiano, lejos de miradas indiscretas que pusieran en peligro su vida y la de su familia.

Había accedido a ser bautizado junto a su esposa e hijos para preservar su vida y la de los suyos, como tantos otros judíos a pesar de no comulgar con la doctrina cristiana impuesta por obligación.

Acudía con regularidad a escuchar misa junto a su familia al completo, aparentando con ello ser un buen creyente, y educaba a sus vástagos en la fe de Cristo.

Sin embargo, cada mañana subía hasta aquel privilegiado lugar para poder sentir el aire fresco de la mañana, excesivamente frío en invierno, sobre su rostro y hacerse la ilusión de ser un hombre libre para practicar la fe de Abraham. Por desgracia había tenido que posponer su paseo en más de una ocasión durante la pluviosa primavera. Algo que le disgustaba sobremanera.

Nadie estaba al corriente de su vida secreta. Ni siquiera su esposa. La amaba demasiado para poner en peligro su vida, aunque no gustaba de demostraciones de afecto excesivas que pudieran hacerle aparentar debilidad.

Tan sólo lamentaba no poder tener ya a la puerta de su hogar la caja de rezos. Había sido necesario quitarla del ladrillo y destruirla para convencer de su conversión a los cristianos viejos de la villa, apartando de su familia el peligro de ser señalados como judaizantes por los más enaltecidos.

También se había visto obligado a comprar un par de cerdos y criarlos en su granja e invitar a sus convecinos a la matanza de los mismos al llegar el mes de san Martín, compartiendo su carne con los más allegados y sus familias.

Se habían visto forzados a comer carne prohibida y a no practicar el Sabbat, cambiándolo sin alternativa por los obligados domingos cristianos.

Movió significativamente la cabeza para desechar los pensamientos dolorosos antes de reanudar los rezos.

Ya había concluido con el Alenu cuando reparó en la columna de humo gris oscuro que ascendía hasta formar una masa indisoluble con el diáfano azul celeste de aquella mañana despejada y sin nubes. Por su situación calculó que debía de tratarse de una de las poblaciones que quedaban al otro lado de las Marismas, posiblemente en Almonte o Puebla del Río.

No necesitaba aspirar el hedor a carne humana quemándose para saber que aquella columna de humo era obra de la Inquisición.

Otra hoguera ajusticiando inocentes.

Otro piadoso Auto de Fe desprovisto de cualquier atisbo de piedad.

¿Hasta cuándo iba a reinar aquella atmósfera de terror en lugares donde todo era paz y armonía entre judíos y fieles cristianos antes del establecimiento de la Inquisición?

Sólo en una ocasión había presenciado el macabro espectáculo de la hoguera. Una sinrazón movida por el fanatismo de quien cree tener la razón y que, a él, un hombre curtido y de vuelta de la vida, las escenas de horror desmesurado le habían puesto los pelos de punta.

En medio de una jornada festiva los reos, ataviados con una túnica fina de tosca tela denominada sambenito, en la que resaltaba la gran cruz roja pintada en el pecho, y un capirote provisto también de una cruz no menos visible, caminaban descalzos hasta la hoguera. Unos lo hacían llorosos; otros, afrontando su desdicha con dignidad.

Mujeres, niños, viejos... la iniquidad no distinguía, castigaba por igual.

David desechó tan pesarosos recuerdos que, por otra parte, suponían el mejor aliciente para evitar a cualquier precio que su familia cayera en la desgracia y se viera obligada a sufrir en sus carnes el escarnio público y el inexcusable fuego de la hoguera.

—Buen día nos dé Dios, buen David.

Al escuchar las palabras a su espalda, el hombre salió de su ensimismamiento.

—Buen día os dé a vos también, don José.

Sabía a quién pertenecía esa vocecilla estridente aun antes de girarse para ver el rostro de aquél que lo había saludado. Al hacerlo se encontró cara a cara con el hombre más poderoso de Lebrija: el cacique de la aldea.

Se rumoreaba que en más de una población había actuado como uno de los delatores secretos de la Inquisición; aunque, a decir verdad, esos pábulos se contaban de casi todos los habitantes de la villa.

—¿Disfrutando del panorama que ofrece la Inquisición desde la lejanía?

El aludido sacudió la cabeza.

—Coincidencia, señor. Acostumbro a subir siempre que el tiempo lo permite para ver amanecer.

—Ah, ¿sí? —preguntó intrigado.

—Me ayuda a organizar mis pensamientos al tiempo que me proporciona una paz que no hallo en ningún otro lugar.

—¿Y a qué se debe la visita de hoy, David? ¿Orden o paz de espíritu?

—Paz, señor. Mi familia anda muy bulliciosa últimamente con la proximidad del casamiento de mi hijo mayor.

Don José tenía la mirada fija en el horizonte. De porte gallardo y elegante a sus más de cincuenta años, disfrutaba haciendo aguardar a los demás. Su condición de noble de privilegio se lo permitía.

David ya vivía en la villa cuando él se estableció en ella junto a su familia y ya por entonces las viejas del lugar, muy aficionadas a parlotear y chismorrear, comentaban que su nombramiento se debía a una distinción del mismísimo rey

Fernando como recompensa por haber combatido con valentía a las órdenes de Gonzalo Fernández, el gran capitán cordobés. De aquel día habían transcurrido ya cinco largos años.

No obstante, David siempre había sospechado que su cargo y su honra se debían más a la pureza de su sangre, puesto que sabía de buena tinta que el origen de su familia se remontaba a los tiempos del cristianismo godo.

—Sí —habló de nuevo el noble sin apartar la vista del humo—. Una boda suele ser motivo de gran alegría.

—Pero coincidiréis conmigo en que al tiempo constituye un trabajo excesivo.

—Y un quebradero de cabeza innecesario.

—¿Innecesario decís?

—Y digo bien, David. Recordad que hablo con conocimiento de causa.

—Vuestra hija.

—Así es —respondió el aludido, sonriendo con ensoñación—. Bien sabéis que el pasado verano mi esposa y yo desposamos a mi querida hija Beatriz.

Sí, David lo recordaba. Imposible olvidar el revuelo que se montó por la villa con el casorio, teniendo en cuenta que el novio era el hijo mayor de una larga lista de descendientes del antiguo condado de Osona y uno de los hombres de confianza de la reina Isabel.

—Lo recuerdo, señor.

—Por otra parte, vos no tenéis ningún derecho a quejaros, David.

—¿Con respecto a qué, señor?

Procuraba disimular su mohína, pero no dejaba de preguntarse cuándo continuaría don José con su paseo y lo dejaría sumido en sus propias cavilaciones.

—¿También vais a negarme que no habéis concertado un matrimonio ventajoso para vuestro primogénito?

—Mi deseo no es contrariaros, señor, pero nada tuve yo que ver en ello. Os juro que ni el padre de la muchacha ni yo intervinimos en la decisión de los jóvenes.

—Un matrimonio por amor, entonces.

—Sí. Así es, señor.

El noble se agachó y cercenó una florecilla silvestre pensativo.

—Es bastante inusual. Lo correcto en estos casos sería daros mi doble enhorabuena, buen David.

—Y en el mío agradecéroslo sinceramente, señor.

Sin modificar su postura mientras deshojaba uno a uno los pétalos de la florecilla, el noble fijó de nuevo la vista en la humareda que se alzaba, majestuosa e imponente, sobre el horizonte.

—Pronto vendrán aquí —masculló entre dientes.

David, que no esperaba una reacción tan airada por parte de su acompañante por una hoguera, consideró que lo más acertado sería no compartir ni su opinión ni sus sentimientos con él.

En aquellos tiempos de terror y confusión lo mejor era ver, oír y callar.

—¿Ojeda o uno de sus esbirros más fieles? —inquirió el conde de Lebrija.

—¿Señor?

—¿Quién pensáis vos que puede ser el artífice de la hoguera?

—¿Acaso importa? Cualquiera de ellos cumple con su cometido y ambos son imprescindibles para la reina —respondió cauteloso.

—Y no existe ninguna diferencia entre las macabras acciones de uno y de otro. ¡Y a fe mía que disfrutan por igual con su cometido!

David apartó la mirada del humo gris. Consideró que ya había visto bastante.

—¿Suponéis que todos los inquisidores obran de igual modo, señor?

Don José movió con pedantería la cabeza.

—No, buen David. Yo no pienso nada, en realidad. Me limito a constatar la evidencia. Desde que el papa Sixto cedió a las peticiones de la reina y le concedió aquella maldita bula para afianzar la religión católica como única fe verdadera del reino, rara es la semana que no se otea una columna de humo negro en el horizonte.

—Parecéis disconforme con la actuación de los inquisidores.

—Lo estoy. Simpatizo con los cristianos nuevos como vos, David.

—¿Por qué motivo?

El noble alzó los hombros.

—Nadie manipula con tanto tino la economía de los pueblos y ciudades como los antiguos judíos con sus prósperos negocios. Ni la medicina, ni otros campos de igual importancia ahora en manos de cristianos viejos por mandato real.

—Yo, señor, tan sólo soy un humilde granjero sin más aspiraciones que vivir en paz rodeado de los míos.

—¿Y pensáis que a los inquisidores va a importarles vuestra forma de pensar, David? Si invaden Lebrija arrasarán con todo a su paso como siempre hacen.

El granjero guardaba silencio mientras observaba la vehemencia y libertad con la que el noble opinaba de la sagrada institución. Si no supiera la verdad hubiera supuesto que era un judaizante como él.

—Cuando hayan desaparecido —continuó con su monólogo—, las finanzas de la villa habrán sufrido un descenso mayor que la población.

—¿No hay modo de evitar esto último?

El noble miró apesadumbrado a su interlocutor.

—Por desgracia, no. Nadie tiene más poder ahora mismo en el reino que la Santa Inquisición.

—De igual modo que nadie en Lebrija está ahora mismo bajo sospecha. ¿Me equivoco?

—Digamos que ni vos ni yo vemos las cosas con los mismos ojos que los inquisidores. Ellos piensan que Castilla entera está plagada de judaizantes.

El granjero continuaba prefiriendo no dar su opinión. Más bien al contrario, consideraba que con los tiempos que corrían lo más sensato era no fiarse ni de la sombra de uno mismo.

Por otra parte, le resultaba extraño que un hombre con el que apenas sí había cruzado una docena de palabras en los últimos años y con el que siempre había mantenido las distancias, ahora estuviera hablándole de igual modo que lo haría con cualquiera de sus iguales. Por nada del mundo caería en una trampa mortal que pudiera perjudicarlo tanto a él como a su familia.

—¿No decís nada, buen David?

—No, señor. Carezco de opinión acerca de las prácticas inquisitoriales.

—Pues deberíais de tenerla. Dada vuestra condición de converso.

David movió la cabeza rechazando la insinuación del noble.

—Soy un buen cristiano, señor. Mi familia es creyente y piadosa como la que más. No tenemos nada que temer.

—He escuchado decir —se apresuró a responder don José—, que uno de los recién adscritos a la promulgación de una sola religión para todos, un tal Torquemada, también proviene de una familia de conversos.

—Ah, ¿sí?

—Aunque nadie lo diría teniendo en cuenta la poca piedad que muestra en los resabidos Autos de Fe.

David fijó la mirada en su hogar.

—Lamento tener que dejaros, señor. La compañía es grata, pero comienza a hacerme tarde para realizar las tareas cotidianas de la granja —añadió como si lo creyese necesario.

—No quisiera ser el responsable del retraso de vuestro trabajo. Id con Dios, buen David.

—Lo mismo os deseo, señor.

Y comenzó a descender la colina sin mirar atrás.



TRES

Durante los dos meses que prosiguieron a la conversación mantenida con don José de Lebrija, y conforme se iba aproximando el día veinticuatro de junio, David tuvo ocasión de recordar varias veces las palabras del noble.

—¡Cuánta razón había llevado al aseverar que una boda suponía un trastorno innecesario! —se repetía a menudo.

Las mujeres parecían haber perdido el poco juicio que ya de por sí tenían. Sobre todo, la madre de la novia, cuya naturaleza destacaba por ser poco dada a la discreción y a los largos silencios.

Abigail debía confeccionar, bordar y entrelazar la puntilla en las mangas de tres vestidos; además de coser y bordar dos jubones de paño, incluido el del novio, que parecía llevar el doble de trabajo que el de David.

Cuando salía por la mañana ya estaban las mujeres dándole a la aguja y decidiendo qué parte de la prenda y cuál era la que debían atacar en primer lugar.

Por las noches, hasta muy tarde, en el espacioso comedor de la granja continuaba el desorden de telas, hilos, prendas a medio terminar y, sobre todo, nervios. El estado frenético de Abigail y Esther parecía no tener fin.

Mientras trabajaba en el granero, alimentaba a las vacas, cerdos y gallinas o recogía la cosecha diaria y sembraba nuevos alimentos, el granjero no podía evitar comparar la boda de su hijo con la suya propia.

Entre ambas existían demasiadas diferencias.

David ocupaba el tercer puesto de un total de cinco hermanos, todos varones. Su padre, muerto antes de que la pequeña Miriam llegara al mundo, era un próspero cambista de la ciudad de Sevilla mientras que el padre de Abigail era uno más de su clientela caído en desgracia, razón por la cual no podía reembolsar el montante prestado ni los intereses derivados del capital inicial.

El contrato estipulaba que, en el supuesto de no poder devolver el importe prestado en la fecha acordada, Datiel, el padre de David, se quedaría como pago de la misma los bienes adquiridos con el peculio entregado.

Y en el acuerdo entraba también la unigénita del hombre, Abigail.

Como los dos hermanos mayores de David ya estaban desposados, Datiel decidió que sería el siguiente de sus hijos en edad casadera quien se desposara con la muchacha.

De ese modo mataba dos pájaros de un tiro: desposaba a otro de sus vástagos mientras le brindaba una oportunidad de futuro.

Por aquel entonces David era un año menor que Jacob y Abigail no había cumplido todavía los dieciséis.

En un principio adoptó la postura más cómoda: negarse con rotundidad a contraer nupcias con una jovencita, como él la denominaba, a la que ni siquiera conocía; no obstante, como había sido educado en la certeza de que el matrimonio era para los judíos un deber y el estado natural de todo hombre que se preciara, terminó cediendo a los deseos de su padre, tal y como correspondía a un hijo obediente del pueblo de Abraham.

Todas las reticencias que pudiera tener hacia su futura esposa y cada una de las excusas que había inventado para negarse al casamiento desaparecieron en el instante en que su prometida se situó junto a él bajo el palio de la sinagoga.

Quando retiró el velo que cubría el rostro de Abigail, David sintió que el corazón se le detenía. Era una jovencita preciosa. Su cabello rizado y rubio brillaba bajo las luces como el oro nuevo. Los ojos, grandes y de un verde tan oscuro como las esmeraldas, lo miraban con empatía.

Pasó la ceremonia deseando que el rabino terminara cuanto antes. Las siete oraciones se le antojaron interminables.

Bebió de la copa sagrada mirándola de reojo y le sonrió con torpeza cuando colocó en su dedo el anillo mientras balbuceaba, más que pronunciaba las palabras que la tomaban como esposa.

Sonrió al recordar que uno de los cristales de la copa rota atravesó su zapato, clavándosele en el pie y haciéndole un pequeño corte que comenzó a sangrar abundantemente.

Las viejas matronas cuchicheaban entre ellas augurando un futuro incierto para el matrimonio. Gracias a Dios se habían equivocado, como en la mayoría de ocasiones.

De aquel día habían transcurrido veinte largos años y su matrimonio había sido bendecido con el nacimiento de tres hijos sanos además de con mucho amor y respeto por ambas partes.

David se había ocupado de la granja desde el primer día y no recordaba haber sentido nostalgia de su ciudad natal. En Lebrija había encontrado el lugar ideal para vivir y construir una familia.

La única piedra en el camino fue la conversión forzosa al cristianismo de toda su familia. uno o dos años antes de que naciera la pequeña Miriam, quien fue bautizada al día siguiente de su nacimiento.

La orden real venía de antes, pues había sido decretada años atrás por el rey Juan tras vencer en las conocidas revueltas anti-semitas de Toledo. La victoria se debía a un tal Pedro Sarmiento, el nuevo valido que dicho rey había nombrado tras otra célebre victoria: la obtenida en la batalla de Olmedo.

El sistemático ataque contra los judíos se intensificó tras la imposición por parte de la corona de un impuesto nuevo que cada uno de ellos estuvo obligado a satisfacer a partir del año mil cuatrocientos cuarenta y nueve, mucho antes de que David hubiera nacido.

Los disturbios desembocaron en la imposición de la conversión para que los judíos que no podían pagar las cantidades estipuladas evitaran su expulsión del reino castellano.

Las palabras de Jacob lo devolvieron a la realidad.

—Disculpa, hijo. ¿Podrías repetir lo que has dicho? No prestaba atención.

—Madre quiere que entres en la casa para una última prueba de tu jubón.

—Pues no la hagamos esperar demasiado —añadió dejando la guadaña apoyada en una de las paredes de madera del establo.

Miró de soslayo a su hijo. Del chiquillo que correteaba por todos los rincones de la granja y cuyo mayor pasatiempo era perseguir a los polluelos dentro del cercado para su crianza ya no quedaba ni rastro.

Todavía no terminaba de hacerse a la idea de que en menos de tres semanas se convertiría en un hombre casado.